

# El Partido Socialista Popular (1934-1961) y su relación con el gobierno de Castro

Joaquín Ordoqui García

**Q**UIZÁ UNA DE LAS DIFERENCIAS MÁS IMPORTANTES QUE PODEMOS ENCONTRAR entre el proceso revolucionario cubano y otras revoluciones de signo comunista es el escaso papel que ha jugado en nuestra aventura el partido, tanto como institución rectora, como en su rol de imaginario simbólico. Ambos papeles fueron asumidos, desde el inicio, por la figura de Fidel Castro. Una conga que se escuchaba en las calles de La Habana en 1960 sintetiza muy bien esta idea. Decía, más o menos, así:

Dicen los americanos  
que Fidel es comunista,  
dicen los americanos  
que Fidel es comunista.  
Si Fidel es comunista,  
que me apunten en la lista;  
soy comunista también.

Donde decía comunista podía decir cualquier cosa. Sin embargo, en 1959 existía en Cuba un partido comunista, uno de los más fuertes y significativos del continente, que tenía una larga y curiosa historia a sus espaldas.

El Partido Comunista de Cuba, fundado con tal nombre en 1925 y auto-disuelto en 1961, se denominó a sí mismo de formas diferentes a lo largo de su existencia: Partido Comunista de Cuba, Unión Revolucionaria Comunista y Partido Socialista Popular (PSP), este último el más duradero, pues abarca el período comprendido entre 1944 y 1961: esta es una de las razones por las que se ha escogido para el título de este trabajo. La otra, evitar la confusión con la institución que, al menos en teoría, rige los destinos de Cuba desde 1965 y que, por muchos motivos, no puede ser considerada heredera del PSP.

Otra advertencia necesaria es la orfandad referencial que encontrará el lector en estas páginas. Es un hecho comprobable que de todos los procesos que componen la vida política cubana, pocos han sido menos abordados que la historia de los «antiguos» comunistas cubanos. Las razones son evidentes:

la obsesión secretista de la propia organización y la ideologización de su historia, el relato —igualmente ideologizado— que preside casi toda la investigación en Cuba desde 1959, y cómo ese relato impregna al exilio, que asume el presente del país como el resultado de la capacidad de maniobra del PSP y que, por tanto, no se ha interesado demasiado por indagar. A ello hay que sumar que casi toda la documentación original se encuentra en los archivos del actual Partido Comunista Cubano o en los del PCUS. Por ello, este trabajo consta más de preguntas que de respuestas, de indicios o evidencias que de demostraciones y en muchos casos el relato oral de los protagonistas aparecerá como única forma de reconstrucción del pasado. Una gran parte de las informaciones que sustentan este trabajo las he tomado de una autobiografía inédita de mi padre, quien jugó un rol destacado en el PSP desde comienzos de los 30 hasta su disolución. Se trata de un documento insólito y que contiene datos que, hasta donde sé, no aparecen en otras fuentes.

Muchos analistas atribuyen el devenir de la revolución nacionalista que triunfa en 1959 en una dictadura unipersonal de corte comunistoide a la influencia ejercida por los antiguos miembros del PSP en Fidel Castro, influencia que en la mayoría de los casos es explicada por la militancia comunista de Ernesto Guevara y Raúl Castro, quienes serían los vínculos entre el antiguo partido y el joven líder revolucionario. Las cuotas de poder asumidas por muchos militantes del PSP durante los primeros años de la revolución contribuyen a sustentar esa tesis.

De todos los acontecimientos que se producen entre 1959 y 1961, uno de los más extraños y menos mencionados es la autodisolución del PSP, acto por medio del cual, y por primera vez en la historia, un partido comunista decide autodisolverse para integrarse en otra organización más plural, llamada entonces Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), que incluía, además, a miembros del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Todo ello por medio de una decisión de la cúpula y al año siguiente de acontecida la VIII Asamblea Nacional del PSP, en la que ni siquiera se menciona una posibilidad semejante.

¿Formó parte este extraño suicidio político de una jugada estratégica ordenada por Moscú, o fue en realidad una decisión interna de los comunistas cubanos? A la fecha de hoy es muy difícil dar respuesta a esta pregunta; respuesta que, de existir, donde únicamente pudiera hallarse es en los archivos de la extinta Unión Soviética. Mientras, sólo nos queda guiarnos por los indicios que se desprenden de los propios acontecimientos, pues todos los protagonistas del proceso han muerto.

En esos indicios hay algunos ciertamente llamativos y que no han sido analizados con el suficiente detenimiento, como la diferencia en el comportamiento y destino de cuatro de los principales dirigentes del PSP: Aníbal Escalante, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y Joaquín Ordoqui Mesa. Aníbal Escalante, después de alcanzar un alto cargo en la dirección de PURSC, es reducido en dos procesos, conocidos como «sectarismo» y «micro-facción», a la condición de cadáver político. En el primero de estos casos,

algunos dirigentes del PSP fueron acusados de intentar acaparar poder infiltrando las estructuras del ejército y del poder civil con antiguos militantes. Aunque varios líderes comunistas sufrieron las consecuencias de este proceso, lo cierto es que la responsabilidad principal recayó sobre Escalante, mientras que Blas Roca sufrió un leve ostracismo del que más tarde pudo salir. En 1965, Aníbal Escalante, esta vez con nombre propio, sufrió un nuevo proceso, conocido como «microfacción», en el cual fue acusado de conspirar con la Unión Soviética para conducir al país de acuerdo con los deseos de la superpotencia. Sea cual fuera la participación de Escalante en este fenómeno y las razones de Castro para incoar el proceso, todo parece indicar que se trató, entre otras cosas, de una purga destinada a liberarse de militantes del nuevo Partido Comunista que, perteneciendo o no al antiguo, intentaban el ejercicio de opinión. Al menos, tal fue el testimonio que recibió este redactor de Carlos Quintela y Nicolás Pérez Delgado, miembros del núcleo del partido del periódico *Granma* que sufrieron el proceso y que años después manifestaron reiteradamente la ausencia de una conspiración. En ninguno de esos casos, Escalante contó con el apoyo de sus excamaradas.

Carlos Rafael Rodríguez, por su parte, había establecido una relación personal con Fidel Castro en la Sierra Maestra, donde fue designado por el PSP como su representante permanente. Fue también el dirigente del PSP que hasta su muerte estuvo más cercano a Castro y quien alcanzó los cargos más altos, llegando a ser vicepresidente del país.

Joaquín Ordoqui había conocido a Castro en la cárcel de Boniato, en 1953, y sentía por el entonces joven revolucionario, así como por sus compañeros de aventura, una profunda admiración. Desde 1960 o 1961 forma parte del Ministerio de las Fuerzas Armadas, primero con el grado de capitán. No fue vinculado con los sucesos relacionados con el «sectarismo» e, incluso, tuvo choques con Escalante por sus intentos de «penetrar» al ejército con «comisarios» del recién disuelto partido. En realidad, las relaciones entre Ordoqui y Escalante nunca fueron las mejores. En 1964, Ordoqui fue acusado de colaborar con la CIA, en un extraño proceso que nunca vio la luz pública. Junto a Carlos Rafael Rodríguez, fue el dirigente del PSP más cercano a Castro, y el único comunista que ocupó altos cargos en el ejército, alcanzando los de viceministro de las Fuerzas Armadas, jefe de Servicios (Retaguardia) y comandante, el grado militar más alto de entonces. Durante el proceso político conducido por las más altas esferas del gobierno y del PURSC, sus antiguos compañeros de partido fueron consultados, sin que ninguno asumiera la defensa de Ordoqui. Es decir, una repetición, en ese sentido, de lo ocurrido con Escalante.

De todo lo expuesto pueden deducirse dos hechos: que desde fechas muy tempranas (probablemente desde su autodisolución) el PSP había dejado de actuar como tal, y que el comportamiento de sus dirigentes no obedecía a una estrategia consensuada o asumida, sino que cada cual se comportaba como individuo aislado. Algunos, como Rodríguez y Ordoqui, parecían

aceptar desde un principio el liderazgo de Castro. Otros, como Escalante, parecían cuestionarlo.

Confieso que las razones que movieron los hilos de esta extraña madeja se me escapan, pero no hay ningún indicio que sugiera que el PSP, como organización, tuviera definida una estrategia para intentar conducir a Castro en la dirección que posteriormente adoptó. (Ello, dejando a un lado la personalidad del dictador cubano, que ha demostrado, fehacientemente, su absoluta inmunidad a cualquier forma de influencia). Hay, eso sí, alguna evidencia de que durante los años de la dictadura de Batista y en el contexto de la desestalinización que tiene lugar en la URSS a partir del XX Congreso del PCUS (1956), se está produciendo un intento de suplantación de los dirigentes «históricos» del PSP por otras figuras aparentemente «menos contaminadas» por el estalinismo. Todo parece indicar que estos intentos, que no llegaron a hacerse públicos por la propia dinámica de la revolución cubana, fueron instigados por la Unión Soviética con la participación de algunos dirigentes del PSP. Algún día conoceremos de qué forma estos acontecimientos influyeron en el devenir cubano.

En cuanto al pretendido vínculo de Ernesto Guevara y Raúl Castro con el rumbo que tomará la revolución y las posibles relaciones de estos dirigentes con el PSP, lo cierto es que hay elementos de sobra que indican su falacia. Guevara se hace militante comunista en Perú, pero pronto evidencia su antisovietismo y establece su propia doctrina foquista y vanguardista, táctica y estratégicamente el polo opuesto de las soviéticas, que se basaban en organizaciones de masas y sindicales, amén de un posicionamiento geopolítico que no incluía para nada a América. Raúl Castro, por su parte, parece haber sido un militante de base de las juventudes comunistas y poco más. En todo caso, dada la cercanía física que tuvo con Carlos Rafael Rodríguez en la Sierra Maestra, si el PSP hubiera querido o podido influir a Fidel Castro, no hubiera necesitado otros expedientes.

También es significativo que el actual Partido Comunista de Cuba (PCC) no se asuma como heredero del PSP. En su página oficial se puede leer una solución de compromiso:

El antecedente histórico más inmediato de la formación del Partido Comunista de Cuba se encuentra en el amplio proceso unificador que tuvo lugar en 1961 con la formación de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), que constituyó el primer paso hacia la creación del instrumento político unitario de la Revolución; formadas por el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, liderado por Fidel Castro, fundador del Ejército Rebelde e iniciador de la última etapa de la lucha revolucionaria; el Partido Socialista Popular (PSP) (Comunista) cuyo secretario general era Blas Roca y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, dirigido por el comandante Faure Chomón.

Una última aclaración: en el análisis acerca del comportamiento del partido de los comunistas cubanos he optado por presentar sus decisiones como

propias, salvo cuando la influencia de la Unión Soviética por medio de la Internacional Comunista (IC) y su filial local, el Buró del Caribe, sea evidente y demostrada. Si otras decisiones estuvieron o no pautadas por la URSS queda por demostrar, aunque la posibilidad es evidente.

#### ANTECEDENTES: 1925-1952

La república nacida al amparo de la Constitución de 1901 estuvo signada por la Enmienda Platt, que autorizaba una intervención norteamericana en el caso de que la estabilidad del país o las propiedades de particulares se vieran amenazadas. Esta enmienda, impuesta por Estados Unidos, fue aprobada tras varias infructuosas gestiones por eliminarla y, paradójicamente, implicó en sí misma una fuente de inestabilidad que vició, desde el comienzo mismo de la república, las relaciones con el poderoso vecino. Más allá de las consecuencias prácticas de este documento, que implicó varias intervenciones militares en la Isla, creó un clima de suspicacias plenamente justificado que hizo florecer un radicalismo antiimperialista que marcará toda nuestra historia republicana.

Otro elemento desestabilizador fue la incapacidad de los sucesivos gobiernos republicanos para construir un estado de derecho, en el sentido moderno de la palabra. El Estado apenas jugó el papel arbitral que de esa institución se espera, sino que devino en una especie de botín, a cuyo reparto aspiraba la gran mayoría de la clase política. Esas carencias generaron un estado permanente de frustración que afectó a las clases populares y medias, así como a ciertos sectores del empresariado. En ese sentido no nos diferenciamos mucho de las demás repúblicas iberoamericanas con las que hemos compartido, durante todo el siglo XX, teorías y modos de hacer en el manejo de la cosa pública.

Por último, la experiencia política cubana estuvo marcada, desde mediados del siglo XIX, por la renuencia de la metrópoli española a conceder espacios de poder político por vía de la negociación. Desde 1868, el país vivió de una en otra revolución, lo que generó una tradición según la cual la única forma práctica de realizar cambios políticos significativos era por medio de la violencia. El complemento más perverso de esta tradición fue que el revolucionario triunfante devino siempre en usurpador, en beneficiario del botín del Estado. No deberíamos olvidar que algunos de los peores gobiernos de la Primera República (1902-1933) fueron regentados por los generales victoriosos de la Guerra de Independencia, con la dramática conclusión del período en la dictadura de Gerardo Machado; luego, el sargento revolucionario Fulgencio Batista manejó los hilos del poder desde 1934 hasta 1940 por medio del Ejército; los también revolucionarios Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás encabezaron gobiernos pletóricos de corrupción y violencia que dieron paso a una nueva dictadura militar de Batista, causa directa de la dictadura unipersonal que sufre el país hace cuarenta y cuatro años.

Paradójicamente, de todas las instituciones políticas que jugaron un papel importante a partir de la caída de Machado, una de las pocas que no

incluyó dentro de su estrategia la vía revolucionaria o la lucha armada fue el Partido Comunista, que tras diversos cambios de nombre optó por autodenominarse Partido Socialista Popular a partir de 1944.

Tras unos azarosos comienzos, con sucesivos cambios de dirección y de estrategia, desde 1934, con la designación de Blas Roca como secretario general, los comunistas cubanos dedicaron todos sus esfuerzos a convertirse en un amplio partido de masas que llegó a controlar el movimiento sindical y que ejerció una influencia notable en algunos de los círculos intelectuales más destacados del país. Esa estrategia incluyó un posicionamiento mediático significativo, estructurado sobre la base de una emisora de radio, la *Mil Diez*, y un diario, *Noticias de Hoy*, que llegaron a estar entre las más escuchadas y las más leídas del país. No es una exageración afirmar que el Partido, tanto bajo su denominación como Partido Unión Revolucionaria Comunista, como después, como PSP, diseñó su estrategia sobre una base reformista cuyos objetivos más significativos pueden resumirse en los siguientes puntos:

[1] Reivindicaciones obreras y campesinas, que incluían tanto mejoras salariales y de condiciones de trabajo, como organizativas y de derechos, como huelgas, vacaciones pagadas, etcétera.

[2] Apoyo a la gestación de una burguesía nacional.

[3] Honradez en el manejo de la administración pública.

[4] Desarrollo de una cultura nacional que asumiera los valores de las clases más humildes, incluyendo, por supuesto, nuestros orígenes africanos.

Estas estrategias, algunas de las cuales fueron especialmente significativas, se implementaron en la práctica de formas muy diversas y relacionadas entre sí con coherencia. Por ejemplo, cuando los comunistas tuvieron el control de los sindicatos, crearon alianzas específicas con el empresariado nacional, encaminadas, simultáneamente, a ofrecer una resistencia a la penetración de productos norteamericanos en el mercado cubano y a mejorar las condiciones salariales de los trabajadores. Ello fue evidente en el caso de las compañías cerveceras y cigarreras, muchas de las cuales contribuyeron generosamente a financiar los órganos de prensa del partido. Estas negociaciones fueron tan complejas, que cuando las empresas se resistían a aumentar los salarios de los trabajadores aduciendo razones de competitividad, el PSP enviaba a contables para revisar el estado de la empresa en cuestión. Si se comprobaba la inviabilidad de la propuesta, eran los propios comunistas los encargados de convencer a los obreros del riesgo que corrían sus puestos de trabajo ante demandas excesivas.

En ese sentido, Marifeli Pérez-Estable ha recogido el testimonio de antiguos empresarios cubanos hoy en el exilio, según el cual era más fácil negociar con los «radicales» comunistas, que con los «moderados» auténticos que los sucedieron en el control de los sindicatos.

Desde el punto de vista de la macro-economía, los economistas del PSP fueron siempre defensores de la necesidad de diversificar nuestra industria y de romper la dependencia con el azúcar, razonamiento en el que coincidían con muchos economistas ortodoxos.

La política cultural del PSP se vio reflejada, en gran medida, en la programación de la emisora *Mil Diez*, que simultaneaba espacios dedicados a la música llamada culta con los más populares. En una época cuando el racismo rozaba la segregación, muchos cantantes negros y mestizos tuvieron sus primeras grandes oportunidades en esta radio, como fue el caso de la recientemente fallecida Celia Cruz, quien supo reconocerlo en su momento.

En cuanto a la gestión política propiamente dicha, es especialmente importante su participación en la Asamblea Constituyente que dio origen a la Carta Magna de 1940, así como su membresía en el gobierno de coalición que llevó por primera y única vez a Fulgencio Batista a la presidencia de la República en unas elecciones que no parecen haberse decidido por el fraude, estuviera éste presente o no.

A finales de la década de los 30, el Partido Comunista inicia una campaña para forjar alianzas que le permitieran una actuación significativa dentro del orden democrático burgués. Los primeros intentos fueron con el PRC (auténtico). Ante la reluctancia de su dirigente principal, Ramón Grau San Martín, los esfuerzos del partido se dirigen en otras direcciones. En 1938, Blas Roca, recién llegado de la Unión Soviética, proclama que «Batista ha dejado de ser el centro de la reacción» y comienza a gestionarse un conjunto de alianzas que devendrán en una institución de extraño nombre y no menos raros integrantes. Se llamó Coalición Socialista Democrática y formaron parte de ella, además de los comunistas, el Partido Liberal, el Partido Nacionalista, el Conjunto Nacional Democrático y el ABC, entre otros.

En cuanto al análisis que realizaron algunos dirigentes comunistas de entonces sobre la alianza con Batista, encontramos una frase cuya redacción da mucho que pensar: dado «...el cambio sufrido por Batista a su regreso de los Estados Unidos...», el partido consideró que éste había dejado de ser el centro de la reacción. ¿Tuvo Franklin Delano Roosevelt alguna intervención en las relaciones de Batista con el PSP, o se incluía a Cuba en una estrategia más amplia, pautada por los avatares de la guerra y las relaciones sovieto-norteamericanas?

La coalición gana las elecciones de 1944 y los comunistas participan, creo que por primera vez en la historia de América, en un gobierno democrático que contaba, además, con el respaldo de los Estados Unidos, que en ningún momento demostró la menor preocupación ante el suceso. En este gobierno, los comunistas no aceptaron ningún ministerio específico, pero sí obtuvieron dos ministros «sin cartera» (Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello), de modo que estaban presentes en las decisiones del ejecutivo. Según manifestación de Blas Roca, el Partido Unión Revolucionaria Comunista contaba entonces con 127 mil miembros en toda la Isla, en los que se incluían, en igualdad de condiciones, militantes y afiliados.

Desde el punto de vista que nos ocupa, este último dato es significativo del carácter abierto que se intenta dar a una institución construida en sus

orígenes a partir de una estrategia conspirativa. Fue el período cuando el partido tuvo una mayor presencia en la política nacional y, curiosamente, fue cuando recibió las más duras críticas de otros grupos revolucionarios.

Durante los gobiernos auténticos de Grau y Prío (1944-1952), la institución, ya denominada Partido Socialista Popular, pierde gran parte de su influencia, sobre todo al perder el control del movimiento sindical, que pasa a manos de los sindicalistas del PRC encabezados por Eusebio Mujal. Es interesante comprobar que, desde la caída de Machado, las peores relaciones se dan entre auténticos y comunistas. Es posible que esas relaciones estuvieran condicionadas por la nueva situación internacional de la posguerra, que puso fin al idilio URSS-EE. UU. que predominó durante la guerra.

Desde 1952 hasta 1959 hay algunos hechos protagonizados por el PSP que son significativos de sus estrategias. Poco antes de dar el golpe de Estado, Batista cita a Blas Roca y a Ordoqui a una reunión, en la que les expone su deseo de asumir nuevamente la presidencia de la república y los consulta sobre la disponibilidad del PSP para apoyarlo. Blas Roca, que al parecer intuía los propósitos del militar, le dijo en palabras más o menos textuales: «Batista, tu tiempo ya pasó. No ganarías jamás unas elecciones. Y si pretendes asumir el poder por medio de un golpe de Estado, sumirás al país en un baño de sangre. No cuentes con el partido para una aventura de ese tipo». Esta extraña conversación contiene dos evidencias que contradicen gran parte de las versiones oficiales de la historia escrita dentro y fuera de la Isla. La primera evidencia es que Batista contara con los comunistas para su futuro gobierno, lo cual da una nueva óptica al esquema según el cual se trataba de un dictador de derechas. La segunda, que en un momento cuando el PSP estaba en franco retroceso, se negara a participar en un gobierno no constitucional. Es decir, que asumiera la defensa del orden democrático de manera tan fehaciente.

En julio de 1953 el PSP da otra muestra de sus estrategias, bien distantes del radicalismo revolucionario que suele achacársele. Al día siguiente del fallido intento del Moncada, la policía de Batista incauta la edición del periódico *Noticias de Hoy*, temiendo que contuviera un manifiesto respaldo al ataque al cuartel. Todo lo contrario. El editorial de ese día, dedicado por supuesto al evento en cuestión, consiste en una sistemática descalificación de los asaltantes al Moncada, que son denominados con palabras tales como «aventureros» y el hecho en sí, como un «putch», es decir, como otro intento de golpe de Estado. También es cierto que algunos dirigentes del PSP, como Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui, no compartían los puntos de vista expuestos en el editorial.

En 1956 comienza, con el desembarco de los expedicionarios del *Granma*, un movimiento armado que pondría fin a la dictadura de Batista e iniciaría la más larga de nuestra historia. Poco tiempo después del desembarco, tiene lugar el Pacto de México, en el que el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el PSP deciden coordinar sus acciones para derrocar a Batista. A partir de entonces, el PSP asume la lucha armada (es

decir, el camino violento), pero más simbólica que significativamente. Se envía a Carlos Rafael Rodríguez a la Sierra Maestra, aunque sin que éste ostente ninguna responsabilidad militar, y se organiza en Las Villas una pequeña guerrilla (120 hombres) al mando de Félix Torres, aunque los detalles de cómo y por qué se implementó no son conocidos.

#### LOS ORÍGENES DE LA NUEVA DICTADURA

A partir del 1 de enero de 1959, la situación política de la Isla se torna sumamente compleja. Las organizaciones que acaparan las simpatías populares son, en ese orden, el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, que fueron las más activas en la lucha armada, tanto rural como urbana. Sin embargo, ambas adolecen del mismo defecto, aunque por razones diferentes: no constituyen partidos políticos. El PSP no aparece como protagonista del espíritu épico del momento.

Casi desde el primer momento, se establece una categorización política, a mi juicio, arbitraria, según la cual el Directorio representa la derecha; el PSP, la izquierda, y el Movimiento 26 de Julio, el centro. Se trata de tres instituciones muy distintas entre sí, de las cuales la única capaz de definir una estrategia política, en tanto organización, es el PSP. El Directorio estaba conformado, mayoritariamente, por estudiantes universitarios de la ciudad de La Habana, espacio donde desarrolló la mayor parte de sus actividades. Aunque llegaron a organizar un limitado movimiento guerrillero en el centro de la Isla, sus acciones más destacadas eran de carácter urbano, empezando por aquella que les dio nombre propio: el asalto al palacio presidencial que pretendía, con la eliminación física de Batista, poner fin a la dictadura.

El Movimiento 26 de Julio tenía, en comparación, una base mucho más amplia, que abarcaba casi todo el territorio nacional. Puede considerarse que su programa estaba basado en el alegato que hizo en su propia defensa Fidel Castro cuando fue juzgado por el asalto al cuartel Moncada, documento que más tarde se denominaría *La historia me absolverá* o *El programa del Moncada*. Se trata de una declaración de principios que, a partir de postulados que se acercan a la socialdemocracia, propone la construcción de una sociedad ideal, aunque sin aclarar las bases económicas sobre las cuales se podría erigir. Creo que la palabra populista lo define a la perfección. Pero más importante que su programa, que en poco tiempo fue totalmente olvidado, era su estructura funcional. Estaba conformada por dos grandes núcleos, conocidos como «la sierra» y «el llano», muy diferenciados entre sí por su composición social y por su poder real. En el grupo de «la sierra» predominaba una organización francamente militar, y el poder estaba concentrado en sus comandantes, casi todos ellos de origen urbano o semiurbano, como el caso de los hermanos Castro. Sin embargo, sus mandos medios y su tropa eran, en su inmensa mayoría, campesinos de la región oriental, mucho más subyugables al liderazgo militar incuestionado que la población urbana, representada principalmente por «el llano», donde predominaban la clase media y los obreros.

Las contradicciones entre ambos grupos comienzan a manifestarse desde los primeros años de la revolución y es evidente que, desde entonces, Fidel Castro estructura su poder personal a partir del control de lo que será el ejército, conformado, fundamentalmente, por ese campesinado oriental. No es casual la dureza con que fueron reprimidas las disensiones dentro de esa élite, como es el caso del entonces comandante Huber Matos. Tampoco lo es que desde entonces y hasta ahora, Castro se haya apoyado siempre mucho más en su estructura militar que en la partidaria, hasta el punto de que en varias ocasiones durante estos cuarenta y cuatro años, comandantes y generales hayan ocupado ministerios civiles en momentos de crisis.

Sin embargo, un país no se gobierna sólo con militares, sobre todo teniendo en cuenta que en 1959 muchos de ellos eran semianalfabetos. Era necesaria una organización de carácter nacional que permitiera crear una burocracia funcional en cada municipio del país. Castro hubiera podido construirla sobre las bases de «el llano», pero la lealtad de sus integrantes era muy dudosa desde el punto de vista del futuro dictador. Se trataba de hombres y mujeres con diferentes ideologías, muchos de ellos comprometidos con la restauración de la Constitución de 1940 y con un alto porcentaje de cristianos.

La alianza con los comunistas tenía, en cambio, muchas ventajas, aunque también desventajas. Todo dependía de cuál fuera el juego de Castro y de la habilidad con que supiera mover sus piezas. Afirmar que el objetivo final era su propia erección como dictador no constituye ninguna novedad. Quizá lo sea un poco afirmar que el comunismo era un medio, no el fin de su estrategia. El problema radica en que, en 1959, se trataba del único medio con alguna probabilidad de éxito. El país acababa de librarse de una dictadura militar y, a pesar de la euforia del momento, era impensable que asumiera pasivamente otra de la misma índole. Era pues necesario crear una mitología, un imaginario colectivo lo suficientemente sugestivo para enmascarar con épica lo que en realidad sería un nuevo golpe de Estado. Es imposible saber ahora si Castro ya tenía definida su estrategia desde la Sierra Maestra o si, como es más probable, la fuera estructurando de acuerdo con los acontecimientos. Es posible que la propia torpeza norteamericana inspirara a este genial oportunista. Si era necesaria una bandera, ¿cuál mejor que el enfrentamiento con los Estados Unidos? En el imaginario popular había elementos de sobra para esa construcción y la opinión pública internacional no sería inmune a un dictador caribeño que, a diferencia de otros, se enfrentara sistemáticamente a los designios de la superpotencia. El único problema de esa solución, que exaltaba la vulgar picaresca a la más romántica de las épicas, eran los propios Estados Unidos y su innegable capacidad de hacer fracasar la intentona, ya fuera por medios económicos, por medios militares o por una combinación de ambos.

El problema tenía una solución única: ¿dónde podía encontrar Castro un aliado lo suficientemente poderoso como para enfrentarse a los Estados Unidos, como no fuera en los países comunistas, especialmente en la Unión Soviética?

Aquí, nuevamente, el PSP podía jugar un papel muy productivo para los planes de Castro. Las ventajas de una alianza con los comunistas podían ser, por tanto, mayores que las desventajas. Se trataba, como ya se ha dicho, de una organización nacional, con estructuras municipales y con experiencia organizativa. Carecía, además, de elementos potenciales para convertirse en un competidor peligroso. A diferencia de su propia organización y del Directorio, los comunistas no habían capitalizado la épica de la revolución. Tenían el antecedente, además, de su antigua alianza con Batista, el recién derrocado dictador, antecedente que obviamente podía utilizarse si se mostraban demasiado prepotentes. Por otra parte, carecían de poder militar y su propia historia demostraba su renuencia al empleo de esos medios. Las relaciones de Castro con el Directorio nunca fueron las mejores. De hecho, vivió los sucesos del asalto a palacio como un intento de interferir sus propios planes; pues, ¿qué habría ocurrido si José Antonio Echevarría y su grupo hubieran dado muerte a Batista el 13 de marzo de 1957? La alianza con los comunistas podría servir de freno a las pretensiones del Directorio, que había demostrado, con el conato de levantamiento en la Universidad de La Habana protagonizado por Faure Chomón, que estaba dispuesto a reclamar con insistencia su porción de pastel.

Para que toda esta estrategia diera los frutos que de ella se esperaba, era requisito indispensable que sus líneas generales fueran imperceptibles para los implicados y mucho más para la mayoría de la población. También lo era minar individualmente el prestigio de quienes pudieran devenir en protagonistas o competidores, por muy potenciales que éstos fueran. Si revisamos la historia de los primeros años de la revolución, descubriremos un conjunto de procesos, aparentemente inconexos entre sí, en el que figuras del Directorio, del PSP, del propio 26 de Julio o de organizaciones ajenas a la política, pero influyentes, como la Iglesia Católica, resultaron «culpables» de las causas más diversas, desde «debilidad ante el enemigo» hasta conspiración o intentos de magnicidio.

Desde fecha tan temprana como el año 1959, un miembro de la dirección del PSP realiza un fugaz viaje a México, cuyo único objetivo es reunirse con el embajador soviético en ese país para conseguir el reconocimiento del régimen revolucionario, así como avalar a Castro.

Con un sincronismo perfecto, al tiempo que Estados Unidos suspende los suministros de petróleo a Cuba, entran en el puerto de La Habana los primeros barcos cargados con crudo soviético.

En 1960, o tal vez a comienzos de 1961 —no he podido precisar la fecha exacta—, se conforma una delegación, en la que participa un miembro del Buró Político del PSP, que viaja a la URSS con el objetivo de conseguir un respaldo militar efectivo de la superpotencia, que incluye la presencia de tropas soviéticas en Cuba y la instalación de misiles de medio alcance con cabezas nucleares en nuestro territorio. En 1961, la dirección del PSP decide autodisolverse.

También por esas fechas, algunos dirigentes como Carlos Rafael Rodríguez, Aníbal Escalante, Edith García Buchaca, Manuel Luzardo y Joaquín Ordoqui Mesa ocupan altos cargos en la nueva estructura de poder que está gestándose: la economía, el PURSC, el embrión del Ministerio de Cultura, el Ministerio de Comercio Interior y el Ejército, respectivamente. Tres o cuatro años después, esa aparente influencia de los antiguos comunistas ha desaparecido, ya sea por medio de extraños procesos, como los que afectaron a Escalante, Buchaca y Ordoqui; ya por vía de una inexplicable desaparición política, como le ocurrió a Luzardo; ya por medio de un discreto desplazamiento a un tercer plano, como fue el caso de Blas Roca quien, y esa es otra rareza, a pesar de haber sido el secretario general del PSP, no juega roles demasiado destacados tras la desaparición de su partido. Aunque Carlos Rafael Rodríguez continúa jugando un rol importante en las relaciones internacionales (pero de perfil bajo), su poder real siempre fue limitado y mucho menor que el de los grupos militares cercanos a Fidel Castro.

Llama la atención la vertiginosidad de los acontecimientos.

La primera gran incógnita de estos avatares es la autodisolución del PSP y el respaldo desmedido que ofrece la URSS a Castro, sólo uno o dos años después de su triunfo revolucionario. Fueron acontecimientos inéditos en todos los sentidos. Nunca antes la URSS había intentado extender su influencia hasta el continente americano, en lo que constituyó una flagrante provocación a los Estados Unidos y una ruptura brutal del statu quo. Nunca antes la Unión Soviética había jugado sus cartas, de forma tan comprometida, con organizaciones no comunistas, ajenas a su control directo. Nunca antes un partido comunista de tradición tercerista se había suicidado de manera tan rotunda.

Desde el punto de vista que nos ocupa, lo más importante es destacar que el PSP, o lo que quedó de esta institución, jamás ostentó un poder real, poder que desde el comienzo mismo de la revolución estuvo depositado en los mandos militares más cercanos a Castro. También, que la influencia radicalizadora que suele atribuírsele, es desmentida sistemáticamente por los acontecimientos.

Son hartos conocidos los enfrentamientos entre Ernesto Guevara y Carlos Rafael Rodríguez por motivos de estrategia económica. Mientras que el comandante guerrillero defendía la tesis revolucionaria de los «estímulos morales», el antiguo comunista asumía la defensa de la tesis «burguesa» de los «estímulos materiales». Las decisiones arbitrarias de Fidel Castro, sobre todo en materia de economía, en muchas ocasiones tomaban por sorpresa a los antiguos comunistas. A manera de ejemplo, baste recordar el relato que hace *Benigno* (Dariel Alarcón Ramírez) en su libro *Memorias de un soldado desconocido cubano* acerca de una reunión de la máxima instancia del PCC, presenciada casualmente por el exguerrillero. Tuvo lugar en 1968 y en ella se «discutía» la «propuesta» de Fidel Castro de intervenir todos los pequeños negocios que aún quedaban. Carlos Rafael Rodríguez trató de impedirlo, aduciendo que, por razones técnicas, semejante medida podía hacer

colapsar la economía del país. Se sacó a votación la propuesta de Rodríguez y, para sorpresa de Castro, las opiniones estaban divididas. Es más, entre los que asumían las razones del antiguo miembro del PSP se encontraba el comandante de la sierra Juan Almeida Bosque, tercer hombre en la línea de mando de Cuba en esos momentos. Castro montó en cólera y espetó que «por mis cojones» se implantaría el nuevo plan, tristemente conocido después como «Ofensiva Revolucionaria» y típico ejemplo de los arrebatos testiculares del dictador.

Durante los primeros años de la revolución, muchos dirigentes del PSP adquirieron fama de «conflictivos» por interferir en el desempeño de la justicia revolucionaria, es decir, por presionar para que muchos detenidos sin encausar fueran juzgados o liberados si no había nada concreto en su contra.

Otra diferencia entre el pensamiento del antiguo partido y el grupo dirigente castrista es la actitud ante la sexualidad. Mientras los primeros no la incluían como un valor ético en sí mismo, los segundos llevaron la homofobia a los peores extremos, lo que fue fuente de constantes discrepancias entre ambos grupos. Cuando detuvieron arbitrariamente a Virgilio Piñera, fueron dos antiguos comunistas quienes se enfrentaron con el núcleo duro de los militares, representados en este caso por el ministro del Interior, Ramiro Valdés, para obtener su liberación.

Es cierto que, en el terreno cultural, tanto Blas Roca como Edith García Buchaca protagonizaron algunos de los primeros ejercicios públicos de la censura, pero, en todo caso, ésta se dirigió al ostracismo de obras específicas, no a la demonización de sus autores. Las cacerías de brujas se implantarán posteriormente, cuando los comunistas carecían de poder, y serán protagonizadas por el núcleo duro de los militares, que incluía e incluye al Ministerio del Interior.

Nada de esto significa que los comunistas cubanos no tengan ninguna responsabilidad con lo acontecido en Cuba a partir de 1959. Al parecer, jugaron el triste papel de peones en la legitimación de Castro ante la Unión Soviética, sin la cual acaso hubiera sido imposible la permanencia del dictador. También contribuyeron a la construcción de una burocracia administrativa y fueron utilizados por Castro en su enfrentamiento con los núcleos moderados y democráticos del Movimiento 26 de Julio, así como en su disputa con el Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Pero no es menos cierto que en estos cuarenta y cuatro años, la influencia de esos antiguos dirigentes del PSP fue más moderadora que radicalizadora. Cada vez que el régimen cubano, en sus continuos vaivenes, radicalizaba sus posiciones, salvo alguna extraña excepción, desaparecían de la palestra los antiguos comunistas y eran los militares (o figuras civiles cercanas a Castro) quienes estaban en primer plano. Como también es cierto, y esta es otra paradoja, que la influencia soviética en Cuba, sobre todo a partir de 1970, tendió a la moderación y a la institucionalización.

No hay pues que buscar los orígenes de la ideología y los métodos de Castro en la influencia de la tradición comunista, por muy violenta que ésta

haya sido alguna vez, sobre todo en otros países. Si hurgamos un poco, tal vez la encontraremos en nuestras propias tradiciones. Tradiciones que se remontan a la irreal y simbólica *Protesta de Baraguá*, a partir de la cual el general Antonio Maceo decide continuar una guerra sin la menor posibilidad de éxito; tradiciones que se explicitan en los años finales de la dictadura de Machado, cuando una proporción importante de la oposición se niega a aceptar el proceso de mediación encabezado por el enviado especial de Franklin Delano Roosevelt, el señor Sumner Welles; tradiciones que alcanzan su momento más delirante durante el gobierno conocido como Grau-Guiteras, cuando otro iluminado ilustre decidió enfrentarse con los Estados Unidos desde un gobierno que ni siquiera tenía el respaldo de las urnas y en franca pugna con el Ejército; tradiciones que llevaron a una proporción importante del exilio cubano a pensar que el único medio para poner fin a la dictadura de Castro eran la vía militar y el radicalismo. Tradiciones, en fin, que transmutan la violencia, la imposición y la intransigencia, en otras tantas virtudes, y la negociación, la paciencia y la tolerancia, en peligrosas debilidades.

Entender todo esto puede evitar en el futuro los errores que han lastrado nuestro pasado.



...lo que debía llegar (1996).  
Tinta sobre cartulina, 76 x 34 cm.

Foto: Suzanne Nagy.